

LA ESPADA DE HIEDRA

TASHA SURI

Traducción: Jesús Jiménez Cañadas



Prólogo

KARTIK

— ¿Has visto chica más pura alguna vez, mi príncipe?
Aquellas palabras no iban dirigidas a Kartik, pero las oyó igualmente. El sumo sacerdote Hemanth había inclinado la cabeza para susurrárselas al príncipe al oído. Había hablado en voz baja; aun así, se escucharon sus palabras. No había modo de evitarlo. La voz del sumo sacerdote era característica e inconfundible, un tono consistente, ni muy alto ni muy suave, pero penetrante. Era una voz hecha para entonar *mantras*, para cantar, para guiar. Para derramar la fe, como el vino, en la copa de cualquier corazón anhelante.

Ambos, sacerdote y príncipe, se encontraban en los jardines del templo imperial. Los pájaros trinaban en los árboles, y el viento mecía las ramas. Todos aquellos ruidos apenas eran lo bastante altos como para enmascarar la presencia de Kartik: el tartamudeo de su respiración, diminuta y sorprendida, y los barridos que daba con la escoba, que levantaban nubecillas de polvo en el suelo de mármol.

Kartik dio un paso atrás y se resguardó entre las sombras del muro del templo, la escoba agarrada con ambas manos. Casi no se atrevía ni a respirar.

El sumo sacerdote volvió a hablar. En tono amable. Persuasivo. Con la mano sobre el hombro del príncipe. Las palabras llegaron a los oídos de Kartik como hojas que cayeran sobre aguas tranquilas;

un golpecito suave seguido de ondas en movimiento que lo atravesaron de parte a parte.

—¿La protegerás? ¿La guiarás para que mantenga su bondad?

Así solían ser las preguntas de los sacerdotes, por lo que Kartik había llegado a comprender. Preguntas formuladas con suavidad que exigían respuestas extraídas del tuétano de su interlocutor, de la sangre más profunda de su corazón. Y, por supuesto, el joven príncipe asintió despacio y dijo:

—Sí, claro que la protegeré. ¿Qué clase de hermano sería si no la salvase de ser mancillada?

Kartik aguardó a que se marchasen. Acabó sus tareas en medio de una niebla entre eufórica y entumecida. Tenía las manos firmes, pero su visión era un cúmulo de luces y colores emborronados. Cruzó el templo, viéndolo todo con otros ojos: la arenisca de las paredes con flores talladas, el modo en que se movían al viento los vaporosos cortinajes que cubrían cada puerta y cada recoveco. En todas las superficies vio las palabras del sumo sacerdote, que reverberaban como un eco hacia él, reescritas, creadas de nuevo. Llamándolo.

“¿Has visto chica más pura alguna vez?”

Kartik no tendría que haber oído aquellas palabras. No tendría que haberles dado cobijo en su interior después de haberlas oído, grabadas en su propia cabeza, indelebles, tan brillantes y constantes como una plegaria. Sin embargo, la mente de Kartik estaba hecha para el conocimiento, o eso le habían dicho siempre. Cuando no era más que un muchacho, discípulo de un templo saketano de tercera categoría dedicado a la Madre sin rostro, su habilidad para recitar de memoria cientos de *mantras* y plegarias, así como todo el *Libro de las Madres* de principio a fin, había llamado la atención del sumo sacerdote Hemanth. Por ello, el sumo sacerdote había sacado a Kartik de su antigua vida. Su mente lo había llevado hasta aquel lugar: a Harsinghar, a aquel palacio de velos de jazmín, al templo imperial en el que servía en aquel momento.

Al jardín de un templo en el que un chico que se forma para convertirse en sacerdote podría toparse de manera inesperada con el segundo heredero al trono dando un paseo con el sumo sacerdote, hablando sobre la mismísima princesa imperial. Donde podría

captar una frase que lo estremecería por completo, aunque no llegase a comprender todo su significado.

La princesa estaba allí, en aquel mismo instante. En la sala principal del templo, la joven princesa se arrodillaba ante la estatua de Divyanshi. En el salón del templo había tallas que representaban a las cinco Madres de las llamas, cada una de las cinco mujeres nobles que se habían inmolado de manera voluntaria y habían entregado así sus vidas para romper el poder de los *yaksas* y acabar con la Era de las Flores. Cuatro de ellas estaban dispuestas en forma de semicírculo, sus figuras talladas en oro: Ahamara, con la melena suelta que la envolvía y se retorció como llamas; Nanvishi, con una estrella de fuego que le brotaba de la frente y de las palmas de las manos extendidas; Suhana, con un arco roto en las manos y el rostro alzado; y Meenakshi, con el rostro inclinado en oración y las manos unidas.

Divyanshi se encontraba en el centro del semicírculo. Su estatua, mayor que las otras, estaba forjada con todo lujo de detalles. Por los brazos le corrían flores de plata. Miraba al frente, bella y orgullosa, sereno el rostro dorado. Su sombra cubría por completo a la princesa, arrodillada a sus pies.

La princesa colocó una guirnalda de flores frente a las estatuas de las Madres. La habían compuesto con esmero; un prístino hilo blanco atravesaba el corazón de cada una de las flores y la acercaba a la siguiente. Jazmines, de un suave color entre amarillo y blanco, engarzados entre rosas más imponentes. Kartik había visto tantas ofrendas compuestas por esas flores que las reconoció al instante: eran las que crecían en el jardín privado de la esposa del emperador.

La gente cuchicheaba incluso dentro del templo, como ajena al hecho de que sus voces se oían por las ventanas. “Es toda una belleza”, decían de ella. “Algún día romperá muchos corazones”. “Más le valdría al emperador atarla corto”.

Sin embargo, Kartik hacía caso omiso de aquellos chismes. Le interesaban las verdades, los secretos. Eso era lo que atesoraba, de lo que aprendía.

Puso toda su atención en escuchar cuando la princesa inclinó la cabeza y empezó a susurrarles a las Madres. Ella no lo veía,

resguardado entre las sombras como estaba, con la escoba aún en la mano. Pero él sí la veía a ella. La oía, y comprendía.

Solo entonces él, que no era más que un muchacho, empezó a ver la forma que el futuro tendría de un modo que ni siquiera el sumo sacerdote atisbaba. Y aunque la pregunta del sumo sacerdote no se dirigía a él, Kartik la respondió en su corazón.

No. Jamás había visto chica más pura. En toda su vida.

Capítulo Uno

MALINI

Un jinete regresó de Ahiranya el mismo día en que Malini vio el mar por primera vez.

Un ejército en marcha despedía un hedor característico y desagradable, a carne de caballo y bosta de elefante, a hombres sudorosos, al olor ácido del hierro calentado al sol. Tras unas cuantas semanas de viaje, Malini había albergado la esperanza de acostumbrarse a ese hedor. Sin embargo, no había sido el caso. Cada vez que soplaban el viento y mecían las cortinas que cubrían su carruaje, Malini volvía a captar aquella peste.

La brisa que llevaba consigo el océano rasgó el hedor como si de un cuchillo resplandeciente se tratase. Era un aroma afilado, picante, salado. Malini se puso de pie en el carruaje en cuanto notó cómo le soplaban en la mejilla. Alargó la mano y apartó la cortina para que el viento llegase hasta ella sin obstáculos de por medio.

Libre de la tela que le tapaba la vista, Malini vio el ejército que la rodeaba: guerreros de Srugna que cargaban mazas sobre los hombros, vasallos saketanos con los blasones de sus señores bordados en los fajines y látigos al cinto, y aloranos con *chakrams* en las muñecas que cabalgaban junto a arqueros *dwaralis* montados sobre sementales blancos con sillas de montar rojas como la sangre. Y, por último, sus propias fuerzas *parijatis*, dispuestas a su alrededor, soldados vestidos con tonos imperiales, blancos y dorados, los sables al aire y el acero reluciente bajo el sol. Aquel era su ejército,

las fuerzas unidas de las ciudades-estado del imperio. Todos ellos la ayudarían a derrocar a su hermano y hacerse con el trono. Con su trono, que lo era tanto por derecho de sangre como por derecho de profecía.

Más allá de las cabezas de todos ellos, Malini vio una finísima franja azul.

El mar.

Sabía que lo vería tarde o temprano. Antes de que Aditya rechazase su derecho de nacimiento por última vez, antes de que nombrasen emperatriz a Malini, el puñado de señores que prestaban un apoyo acérrimo a Aditya habían planeado reunir sus fuerzas y seguir, siempre que fuese posible, el camino de la costa hasta Dwarali, una tierra que seguía bajo la jurisdicción de aquellos menos leales a Chandra. Pretendían llegar hasta Lal Qila, un fuerte en el confín mismo del imperio, construido para resistir los ataques de los territorios nómadas de Babure y Jagatay, cuyas gentes vivían más allá de las fronteras imperiales. Un fuerte, esperaban, lo bastante resistente como para mantener también a raya a Chandra.

Malini no había visto motivo alguno para cambiar esos planes confeccionados desde hacía ya tanto tiempo; unos planes que ella misma había ayudado a trazar mediante sugerencias formuladas con sumo cuidado y cartas con palabras aduladoras, mientras aún era princesa de Parijatdvipa bajo el yugo de Chandra. Aun así, había experimentado una satisfacción visceral al ver cómo su ejército crecía a medida que los soldados de infantería y los jinetes de elefantes se unían a ellos por todo el camino; a medida que nuevos señores les daban la bienvenida a sus tierras, les juraban lealtad y les abrían las puertas de aldeas y *havelis* para que los hombres de Malini se alimentasen y se armasen. Esos mismos señores contribuían con sus herederos y soldados a la cada vez más numerosa procesión que se dirigía al lejano Lal Qila.

Incluso enfrentarse a los señores más reacios a aliarse con ella había supuesto una suerte de placer. Ver cómo le plantaban cara, orgullosos, y luego se venían abajo nada más ver su ejército, sus aliados, la firmeza de su sonrisa. Mucho más que cualquier muestra de halago o de veneración, aquello había hinchado el hambre constante

que sentía en su interior; el ansia que se retorció y ardía dentro de ella, y que solo quedaría saciada con la muerte de Chandra.

Tantos planes ya lejanos empezaban a florecer ante sus ojos..., pero no para Aditya, sino para ella. Tras la ardua e infinita tarea que había implicado su puesta en práctica, sus planes avanzaban en aquel momento como una fuerza de la naturaleza, como olas que se alzaban y crecían, que contribuían a elevarla hacia el poder. Resultaba embriagador.

Malini contempló el mar y pensó que, de haber sido mujer más devota, habría considerado que se trataba de una señal, que su ejército era en sí mismo un mar enorme e imparable. Que nada se iba a interponer en la ruta que llevaba hasta su destino. Sin embargo, Malini era de naturaleza más bien pragmática.

Por ello, interpretó aquella escena con pragmatismo. Al contemplar los mapas de su imperio y trazar la ruta con sus ojos y la punta de sus dedos, había comprendido que, cuando su ejército llegase a la costa, se encontrarían a apenas una semana de las fronteras de Dwarali. Ya estaban allí, respirando aquel verdor salado, aquella brisa fría que recorría todo el ejército y obligaba a detenerse a algunos hombres para alzar el rostro sudado y disfrutar de un poco de frescor en la piel. Pronto llegarían a Dwarali, y poco después a Lal Qila. El siguiente paso en su ascenso al trono casi había dado comienzo.

Lata, junto a ella, dejó escapar un gemido de puro asombro.

—¿Ya habías visto el mar? —preguntó Malini.

Notó que Lata alzaba la cabeza por encima de su hombro para atisbarlo mejor. Con gesto amable, Malini se echó hacia atrás para que lo viese.

—Solo en las escrituras —dijo Lata—. En ilustraciones de libros. En obras de arte. Pero en persona, no. Y... ¿y tú, mi señora?

—Sabes que no —respondió Malini. Esperó un instante más y volvió a correr la cortina—. En Parijat hay muchos lagos y ríos, pero no hay nada más alejado de la costa que el *mahal* imperial.

—Lástima que no podamos detenernos a admirarlo —dijo Lata.

—Los hombres tendrán que descansar tarde o temprano —repuso Malini—. Sin duda tendremos oportunidad de disfrutar de la vista. Quizás incluso podamos ir a nadar. —Sintió la mirada que le lanzó

Lata al pronunciar aquella frase—. Estoy segura de que todos nos darán respetuosamente la espalda si se lo pedimos.

—Bromeas, ¿verdad? —dijo Lata, con tono de incredulidad.

—Sí, aunque está claro que no se me da muy bien —contestó Malini—. Por supuesto que jamás se me ocurría hacer tal cosa.

Sin embargo, sí que le habría gustado. Pensó, con un prurito de nostalgia, en Alori y Narina. A sus hermanas de corazón les habría encantado el mar. Narina se habría metido en el agua solo hasta los tobillos, y se habría sujetado la falda con ambas manos. Siempre había cuidado mucho sus ropas, no se habría atrevido a más. Alori, en cambio, se habría zambullido en el agua como un pez. En Alor había tantos ríos como en Parijat, y sus hermanos le habían enseñado a nadar lo mejor que habían podido.

“Os echo de menos”, pensó, mientras se dirigía al vacío en el silencio de su corazón. “Siempre os echaré de menos”.

Como de costumbre, de pronto se acordó involuntariamente de Priya. ¿Qué pensaría ella del mar? Malini no podía imaginarla ahí fuera. Solo visualizaba a Priya tal y como la había visto en el bosque, metida en el agua hasta la cintura, con el pelo suelto y mojado, tan suave entre sus manos. El tacto de los labios de Priya contra los suyos.

Apartó de sí el pensamiento y lo guardó como si de un tesoro se tratase.

Aquella noche levantaron la tienda de Malini, pero no hubo tiempo de admirar el litoral. Malini daba por hecho que no tendría la oportunidad de hacerlo. Casi le supuso un alivio. No habría sido lo mismo sin sus hermanas de corazón. Era mejor dejarlo como si de un sueño se tratara.

Se unieron a la cena los nobles de mayor edad y suma lealtad de Parijatvipa. Les sirvieron vino en jarras de metal batido, así como té para quienes no bebían alcohol: pequeñas tazas repletas de leche, azúcar y cardamomo. La comida fue sencilla, pero bastante más generosa que lo que comía el resto del ejército: *parathas* recién horneados, *dhals* empapados en *ghee* y arroz con cebollas fritas que le daban un lustre dorado.

De vez en cuando servían platos especiales destinados a

complacer el paladar de los distintos nobles de alta cuna: aquel día habían llevado varios *sabzis* muy picantes para los señores de Srugna. Aquellos *sabzis* solían ser los favoritos del Señor Prakash, uno de los de mayor edad que asistía a la cena, y que solía hablar sin tapujos en todo lo tocante a salirse con la suya y satisfacer sus gustos.

Malini oyó con atención a Mahesh, el señor a quien había nombrado general de su ejército. El Señor Mahesh le informó sobre los progresos del viaje. Malini mantuvo la compostura y la calma, y apenas tocó nada de la comida; ni siquiera el vino, aunque el breve sorbo que se llevó a los labios le había calentado la sangre. Lata, sentada en un rincón de la tienda, observaba. Era la única compañera femenina de Malini. Al parecer de los hombres, estaba presente para mantener el decoro.

Resultaba curiosamente difícil mantener la imagen de decoro y vaticinio, de aparentar ser una emperatriz elegida por la diosa. Sobre todo a la hora de comer. Malini había visto a su padre pasarse de la raya con la bebida y hasta mancharse la ropa. Por otro lado, su padre había sido emperador, es decir, un hombre, cosa que Malini no era. Por lo tanto, apenas probaba bocado, consciente de que cenaría más tarde, a altas horas de la noche fría, cuando Lata y ella pudiesen compartir el rancho de los soldados: mangos o cebollas marinados en aceite para que aguantasen todo el largo viaje, *parathas* secos untados en una pátina dorada de *ghee* para ablandarlos y un trago rápido de té tibio con tantas especias que casi quemaba al tragarlo.

—Veo que el príncipe Rao no cena con nosotros. Otra vez —observó el Señor Mahesh.

Habló lo bastante bajo como para que los otros nobles no lo oyesen.

—Tiene otras responsabilidades —replicó Malini.

—Todos las tenemos —repuso Mahesh—. Una de esas responsabilidades es esta, y de hecho es una responsabilidad crucial. Es una oportunidad de estrechar lazos. De conversar. Tenemos que estar unidos, emperatriz. Los momentos como este son los que nos unen.

Hizo un gesto hacia los hombres que los rodeaban, envueltos en la tenue luz de las lámparas.

Resultaba cómico oír a Mahesh hablar de lazos y de unidad, sobre todo porque Malini era muy consciente de lo diferente que era de aquellos hombres. Del cuidado que ponía en desmarcarse de ellos, de lo ajenos que eran. Para Malini no eran más que herramientas. Por supuesto, los quería por ese motivo. Pero ninguno de ellos era Alori, ni Narina, ni Lata. Ni Priya. No sabía cómo amarlos, amarlos de verdad, y tampoco tenía el menor deseo de hacerlo.

—Señor Mahesh —dijo Malini—. Sabes tan bien como yo dónde está el príncipe Rao.

Intercambiaron una mirada. Sin apartar la vista, Mahesh se sirvió más vino.

—No te confundas, emperatriz. Me alegro de que pueda aconsejar y dar consuelo al príncipe Aditya. Y más me alegraría que el príncipe permitiese que otros lo aconsejasen y consolasen.

Mahesh era una figura prominente en Parijat y contaba con muchos aliados parijatis gracias al antiguo linaje al que pertenecía. Su ancestro había estado presente cuando ardieron Divyanshi y las demás Madres de las llamas que la siguieron.

A raíz de aquello los consideraban una familia famosa por su destreza militar y su religiosidad.

Y Mahesh siempre había sido leal a Aditya, no así a Chandra. Había apoyado firmemente la idea de que Aditya recuperase el trono que había abandonado. Su negativa a aceptar a Chandra le había granjeado a Malini numerosos aliados con los que de otro modo no habría contado.

Malini lo había nombrado general por todas esas razones. Su presencia junto a ella era una ventaja.

Pero el afecto que le profesaba a su hermano era...

Bueno, no era exactamente irritante, pero sí que era un problema potencial en ciernes, por más que Mahesh fuese indefectiblemente respetuoso con ella. Sin embargo, el respeto no valía de mucho si no era capaz de controlar su lealtad y de atarlo a ella de forma permanente.

—¿Has intentado ir a verlo otra vez? —preguntó Malini.

—Sí, pero se negó a concertar una reunión conmigo. Como hace con todo el mundo.

“Con todo el mundo menos con Rao”, se abstuvo de decir. Igualmente se abstuvo de decir que Aditya también aceptaba la compañía de Malini.

—Mi hermano se siente perdido —dijo ella—. Quiere afianzar su relación con la fe del dios sin nombre y trazar su propio camino. Cuando lo encuentre, a buen seguro volverá a aceptar la compañía de viejos amigos y aliados.

—Quizá puedas hablar con él, emperatriz.

—Siempre hablo con él —dijo Malini—. Y lo volveré a hacer.

“Y si no quiere escucharme”, pensó con aire lúgubre, “será asunto suyo”.

Hubo un murmullo de telas que se apartaban. Un guardia alzó la cortinilla de entrada a la tienda.

Yogesh, uno de los administradores militares que gestionaban los suministros del ejército, entró e hizo una reverencia. Vestía ropajes sencillos, turbante y guerrera con fajín. Aunque Malini no lo hubiese reconocido al verlo, el único *chakram* que llevaba en la muñeca y la daga envainada con pulcritud en la tela del turbante habrían bastado para anunciarlo como administrador alorano, y por lo tanto leal a Rao..., lo cual implicaba que también le era leal a ella.

—Mis más sinceras disculpas por la interrupción, emperatriz. Mis señores. —La luz de las lámparas de aceite bailó sobre su rostro mientras inclinaba la cabeza en dirección a Malini—. Ha llegado un mensaje urgente para la emperatriz.

El corazón de Malini dio un repentino vuelco.

Tenía muchos jinetes a su servicio. Una emperatriz necesitaba más ojos y oídos que una princesa, y Malini se había asegurado de contar con espías y mensajeros a lo largo y ancho del imperio. No pasaba un solo día sin recibir noticias de aliados que llegaban o partían. Noticias que llevaban hombres a caballo.

Sin embargo, entre todos esos jinetes, Malini solo empleaba personalmente a uno de los hombres leales de Rao. Y a ese hombre le habían encomendado una misión especial.

Un mensaje urgente podía significar cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Sin embargo, el hecho que viniese a anunciarlo Yogesh y no otro administrador, unido a la mirada cargada de

intención que se adivinaba en el rostro del hombre, consiguió que la esperanza se apoderase de ella.

—Muy bien —dijo, y se puso en pie.

Mahesh le lanzó una mirada seria e hizo ademán de levantarse también.

Malini lo detuvo con un gesto.

—Disfrutad de la cena. No hay motivo para dejar de comer por mi culpa.

—Emperatriz —comenzó Yogesh, agachando la cabeza en señal de respeto—. El mensajero se halla en compañía del príncipe Rao. Puedo pedir que lo manden llamar de inmediato...

—No hará falta —replicó ella—. Llévame con ellos.

Prefería tener aquella conversación delante de Rao. La experiencia le decía que los mensajeros no reaccionaban bien cuando los interpe-laba una emperatriz bendecida por la profecía, y no podía ver a Rao en su tienda a solas, ni siquiera con Lata y varios guardias presentes.

La tienda que compartían los administradores militares estaba repleta de libros y registros que iban de mano en mano, todos ellos envueltos con mano experta en paños que evitaban que el papel se pudriese a causa del calor o la lluvia, y que repelían a los diferentes insectos con los que se encontraban. Malini entró en la tienda y todos los presentes dejaron los papeles que tenían entre manos e hicieron una reverencia. Ella hizo caso omiso de la conmoción que había causado su llegada y buscó al mensajero con la mirada.

Primero vio a Rao, vestido con sus mejores galas principescas, con una hilera de dagas y dos *chakrams*. El príncipe hablaba con un alorano ancho de hombros y con aspecto muy nervioso.

Ambos la vieron. Rao hizo una reverencia y el jinete se postró en el suelo ante ella, la cara pegada a la tierra.

—Alzaos —les dijo Malini y ambos obedecieron, aunque el jinete mantuvo el rostro inclinado. Ella se dirigió a Rao—. ¿Qué noticias tenemos?

—Hay nuevos dirigentes en Ahiranya —anunció Rao—. El regente ha muerto.

“¿Bhumika?”, pensó Malini. “¿Priya?”, pensó a continuación, esperanzada.

—Cuéntame lo que ha sucedido —dijo.

El mensajero le contó que los sacerdotes se habían hecho con el control de Ahiranya. No, sacerdotes no..., las mayores del templo, como en las épocas de antaño. O bien gente que afirmaba ser mayores del templo. Eran dos mujeres.

—Hay quien dice que la mayor suprema fue en su día la esposa del regente —dijo el jinete.

—¿Quién te ha dicho tal cosa? —preguntó Rao.

—Son rumores —respondió él—. Se comenta entre mercaderes y... la gente de la ciudad. Entre los viajeros.

—¿Pero no lo has visto directamente?

—No. —Vaciló—. Pero...

—Sigue —dijo Rao.

Según el jinete, todo el mundo sabía que las mayores del templo eran genuinas, porque desde su ascenso al poder, el bosque que rodeaba Ahiranya se había tornado más extraño que nunca. Había oído hablar de árboles que se movían y se retorcían como si estuviesen vivos, que vigilaban a quienes pasaban cerca de ellos. Al parecer, el emperador Chandra había enviado a un pequeño grupo de exploradores, y luego a un segundo grupo, para comprobar qué sucedía en los confines de Ahiranya. Un frutero que solía recorrer la ruta a Ahiranya en ambos sentidos vio a una docena de soldados imperiales muertos, ensartados en espinas tan gruesas como el brazo de un hombre. De los demás hombres no se había hallado rastro alguno.

El jinete no había llegado a ver violencia alguna de primera mano. Tan solo había visto que los ahiranyis llevaban vidas normales. Los mercaderes a los que había visto, que apenas conformaban un reticente puñado de hombres, viajaban hasta Ahiranya más por desesperación y necesidad que por voluntad propia. Nunca iban armados. Él mismo había salido de allí ileso, por supuesto. Sin embargo, había visto soldados nuevos por las calles; no eran los hombres del regente, no llevaban el blanco y dorado parijati, sino que se trataba de hombres y mujeres con armaduras sencillas y disparejas. Llevaban hoces y arcos en lugar de los típicos sables parijatis.

Malini sintió la mirada de Rao, que estaba al tanto de su relación con Ahiranya, si bien no sabía todos los detalles. Nadie, ni siquiera

Rao, tenía derecho a saberlo todo. Sin embargo, sí sabía que los ahiranyis habían salvado a Malini y que la emperatriz tenía un vínculo con ellos.

—Gracias —le dijo al jinete—. Ve con Yogesh y recibirás tu recompensa.

Dinero, comida y una cama cálida en la que dormir. Malini se aseguraría de que lo tuviesen vigilado, para comprobar si le contaba aquello a alguien más.

Cuando volvió a su tienda llamó a Lata.

—Necesito que me escribas algo —dijo.

Mientras Lata buscaba tinta y papel y encendía una vela, Malini empezó a buscar las palabras precisas en términos políticos. Algo que reafirmase su apoyo a Ahiranya, algo que les asegurase a la Señora Bhumika, a Priya y a sus aliados, que no había olvidado lo que les había prometido hacer cuando llegase al trono.

Por supuesto, el mayor énfasis que podía darle a sus palabras residía en la acción. Cuando acabase con aquella misiva, enviaría otras a sus aliados en Srugna y a los estados limítrofes con Ahiranya. Les pediría que mantuviesen relaciones comerciales sólidas con las nuevas mayores del templo. Tal vez el bosque se hubiese vuelto extraño, más extraño de lo que Malini hubiese visto jamás, pero el jinete había sugerido que no entrañaba peligro para nadie excepto para los hombres de Chandra. Parecía seguro que el bosque y toda su fuerza se hallaba bajo el control de la Señora Bhumika y de Priya. Y Malini confiaba al menos en Priya. No podía evitarlo.

Quiso decirle a Priya que no la había olvidado.

Pero, por otro lado, olvidar o no a Priya no era ningún asunto político. Pertenece al terreno del corazón, a la flor reseca que llevaba en un collar en la garganta. Era el recuerdo, conservado a la perfección en su mente, del momento en que ambas yacían junto a la cascada, mirándose a los ojos, del agua que resplandecía en el pelo de Priya, de la sonrisa en sus labios.

Debería haber apartado de sí ese pensamiento. Pero no lo hizo. En cambio, decidió que le volvería a pedir a Rao que la dejase usar al jinete. Enviaría un mensaje discreto.

Un mensaje sería para las mayores de Ahiranya. Y otro..., no.

Le dijo a Lata lo que tenía que escribir y Lata lo escribió. Aquella carta, exquisitamente formal y escrita con la caligrafía cuidadosa y elegante de Lata, pasaría bajo el escrutinio de un administrador militar, de los señores que la servían.

No así la carta dirigida a Priya. Malini pretendía escribir aquella segunda carta en persona.

—También puedo escribir este otro mensaje para ti, mi Señora —dijo Lata cuando Malini echó mano del papel y la tinta.

—Este no lo verán los señores mañana —repuso Malini.

Lata guardó silencio, si bien un silencio punzante. Malini soltó una ligera risita. Alzó una mano.

—Ya sé que no se puede guardar nada en secreto —dijo—. Pero en este mensaje no habrá nada que los perturbe, suponiendo que lo intercepten. Además, incluso una emperatriz puede mandarle de vez en cuando una carta amable a una vieja aliada.

La expresión en el rostro de Lata se volvió aún más severa. Había pasado bastante tiempo junto a Malini en aquel viaje. Sabía más que nadie acerca de su corazón, aunque Malini no había pronunciado palabra alguna al respecto.

—Hay un dicho entre los artesanos y las artesanas de Parijat que esculpen efigies de las Madres con bronce, oro y piedra —dijo Lata—. Suelen decir que cuando acaban de esculpir una estatua, esta es tan brillante que cualquiera que la contemple verá a una de las Madres divinas. Sin embargo, todo pierde el lustre cuando lo empapa la lluvia.

—Qué poético —murmuró Malini.

—Emperatriz —dijo Lata en voz más baja—. Te envuelve un relato dorado. No permitas que pierda el lustre tan pronto.

Malini volvió a pensar en los hombres que se habían arrodillado ante ella. El sol que abrasaba en las alturas. Los cánticos de sus voces. “Emperatriz Malini. Madre Malini”.

—Tarde o temprano lo perderá —dijo—. Tengo que empezar a contar nuevos relatos que lo reemplacen. Asegúrate de que el jinete de Rao recibe la carta cuando acabe de escribirla. Y dale suficiente dinero para asegurar su discreción.

Lata no puso más objeciones.

Sabía que no debía ser Malini quien lo escribiese.

Pero era lo que quería.

He contemplado el océano, escribió. Y he recordado la historia de un río. De un pez que buscaba un nuevo mundo en su ribera.

Recuerdo una historia de guirnaldas. Y malas estrellas. Y de dos personas que dieron con el camino hasta encontrarse.

Dime, ¿tú también la recuerdas?